

COOPERACION

Boletín núm. 1

Septiembre 1960

Hay una doctrina, la doctrina de COOPERACION, cuyo conocimiento y divulgación tiene que hacer mucho bien entre nosotros como está haciendo en otras partes.

Hay entre nosotros quienes la han adoptado y la ponen en práctica en determinados sectores de su actividad, pero son aún pocos.

Tampoco nos extraña que sean pocos.

Uno nace hombre o mujer, pero no tornero o mo-
dista y mucho menos médico o ingeniero. Para lle-
gar a ser buen oficial o técnico hacen falta mu-
chas horas de aprendizaje o estudio y normalmente
uno ha necesitado unos maestros.

Uno no nace cooperativista, porque ser coope-
rativista requiere una madurez social, un adies-
tramiento de convivencia social. Para que uno sea
auténtico cooperativista, capaz de cooperar, es
preciso que haya aprendido a domesticar sus instin-
tos individualistas o egoístas y sepa plegarse a
las leyes de cooperación.

Se hace uno cooperativista por la educación y
la práctica de la virtud.

Realmente el hombre no ha venido al mundo para
vivir en estado salvaje, sino en sociedad y para
realizar su misión necesita COOPERAR CON DIOS Y
CON SUS SEMEJANTES. Exclusivamente por este cami-
no consigue triunfar.

EL PRIMER COOPERATIVISTA

Fué precisamente Adan. Y quien le propuso un

sistema de COOPERACION fué nada menos que Dios. Y tanta importancia tenía en la mente y designios divinos este sistema de relación que ni por el pecado de nuestros primeros padres se le ocurrió abolirlo.

Habrán quienes piensan que aquellos tiempos están demasiado lejos de nosotros para llegar al conocimiento de estos detalles. Esta es una cuestión que está clara.

La primera página de la Biblia nos dice que Dios creó al hombre y le puso en medio del paraíso "para que trabajara". Dios, dice también la Biblia, descansó después creó al hombre, a quien le había encomendado que dominara sobre los demás seres de la creación. Desde éste momento el hombre trabaja y con el trabajo coopera en la obra de la creación. Dios pudo descansar porque el hombre mediante su actividad era capaz de transformar el mundo, creando nuevas utilidades y destinos en las cosas sobre las que actúa.

En otras palabras, Dios hace al hombre socio de su propia empresa, de esa empresa maravillosa que es la creación. El hombre mediante su actividad transforma y multiplica las cosas.

Dios hace al hombre cooperador suyo emplazando lo en medio del paraíso, no para que practicara el turismo o simplemente fuera un contemplativo, sino para que trabajara y por tanto cooperara en su obra.

Antes del pecado este trabajo le resultaba sin duda al hombre tan grato y espontáneo como el deporte; implicaba un ejercicio normal de todas sus facultades. Dios le llamaba a compartir parte del honor y gloria de la creación para también luego en correspondencia a su COOPERACION leal hacerle partícipe de su bienaventuranza y felicidad eternas.

Dios desde el primer momento de la creación ha renunciado a ser "paternalista" si bien era un buen padre. Dios asocia al hombre a su empresa; la clave del éxito de esta empresa es el espíritu de cooperación por parte del hombre.

El hombre quiso triunfar por su cuenta; prescindió del plan de Dios; pecó rebelándose contra su ley.

Dios le dió de baja en el paraíso, que entonces se acabó. Pero mantuvo su compromiso de cooperación y no le dió de baja como socio de su empresa.

Después del pecado el trabajo empezó a resultar penoso para el hombre, pero no deja de ser fecundo y sigue estando a desempeñar su gran papel en la evolución y transformación del mundo. El hombre mediante el trabajo provee a sus necesidades y amplía las posibilidades de la naturaleza. Hoy la naturaleza sin la cooperación y trabajo del hombre sería una madrastra que no podría sustentar la actual población del mundo.

El hombre y la sociedad encontrarán la forma mejor de satisfacer sus necesidades por este cauce de la cooperación.

Si preguntamos a nuestros vecinos qué hace más penoso y desagradable su trabajo, muchos nos reconocerán que lo que hoy tiene de MAS PENOSO E INSPORTABLE la condición humana de trabajo, no es precisamente la carga que Dios impuso al hombre en cuanto éste necesita proveer a sus necesidades mediante una actividad, sino las circunstancias externas a la misma; su organización y estructura social ac-

tuales, la falta de participación equitativa en sus productos y resultados, etc., en resumidas cuentas UNA ORGANIZACION no acorde con las exigencias de la dignidad humana.

EL AHORRO

Poca popularidad tiene esta palabra; no parece discreto levantar su bandera cuando se quiere atraer a la gente. Con todo es el único camino que junto con el del TRABAJO nos queda para emanciparnos de la pobreza o miseria. Y los que mayor necesidad tienen del ahorro son precisamente los pueblos y hombres más necesitados.

Uno de los factores más importantes del progreso es el ahorro, cuando se sabe que con el ahorro es cómo se pueden constituir los capitales necesarios para que la actividad humana sea más eficiente; así es cómo se puede disponer cada día de mejores instalaciones e utillaje, de organizaciones más potentes, etc..

Hoy mismo en Europa hay una verdadera competencia entre los pueblos diversos sobre quién se moderniza y se equipa mejor, quién avanza más. Esto significa que los diversos gobiernos han emprendido una carrera para acelerar el proceso de capitalización y el volumen de las inversiones subsiguientes. El ahorro puede ser voluntario o espontáneo o puede ser también forzoso, como cuando los gobiernos lo imponen con sus impuestos, son sus seguros, con las restricciones diversas del sonsumo.

Nadie piense que se crean nuevas fábricas, se ofrecen nuevos puestos de trabajo, se mejoran las vías de comunicación, se amplían los servicios docentes, etc., sin antes haber tenido que ahorrar de una u otra forma.

Ahora mismo en España se ha anunciado la creación próxima de un millón de puestos nuevos de trabajo.

Es una noticia que ha llenado de alborozo a todos. Lo que ocurrirá es que para llevar a cabo hará falta disponer de muchísimos millones. Hace poco en un cálculo discreto hemos visto que hacen falta seiscientos mil millones de pesetas de termino medio para crear todos esos puestos de trabajo.

Deberán ahorrarse a no ser que nos vengan ofreciendo de fuera todos esos millones; serán muchos para que nos pudieran ofrecer de fuera sin haber hecho algo por nuestra parte y ese algo que debemos haber hecho será cuando menos ahorrar.

Es evidente que la virtud del ahorro es una señora virtud que siempre tiene que aparecer rodeada de otras virtudes, de muchas virtudes. Requiere esta virtud del ahorro una constancia, un espíritu de sacrificio, una previsión, etc..

No es fácil que podamos improvisar su presencia y su actividad.

Si hoy a los niños no se les enseña a apreciar y ahorrar las perras, no esperemos que los jóvenes tomen en consideración las pesetas o los hombres concedan importancia a los "duros". En un clima de falta de previsión lo natural será que luego las empresas vivan al día y los pudientes derrochen en caprichos lo que haría falta para modernizar sus factorías y en definitiva nuestros trabajadores suden más y rindan menos que otros de otros países.

Los niños deben tener sus huchas, los jóvenes sus libretas, los hombres otras aspiraciones de emancipación para que los empresarios y pudientes se vean también forzados a actuar de forma más interesante para la comunidad que entregándose a una propensión de gasto de espaldas a sus responsabilidades sociales.

En resumen: los unos tienen que tomar en serio las perras gordas para que otros no malgasten o derrochen los duros o las onzas.

Para ahorrar no siempre y en todo hay que pensar precisamente en sacrificar el consumo. El tiempo que en lugar de dejar pasar, se aprovecha, es fuente de ahorro. No necesitamos ponderar lo que pudiera dar de sí el trabajo organizado, si viniera a sustituir al simple empleo de tiempo o a las ocupaciones que no rinden bajo ningún concepto.

En este sentido en todos los pueblos hay unos potenciales de trabajo y por consiguiente nuevas fuentes de ahorro que no se explotan. Pudieramos hacer unos números sobre las perspectivas económicas y por tanto de expansión que pudieran resultar de una actividad mejor organizada, más coherente, con más participación de nuestras jóvenes o mujeres.

Hoy para que uno tenga la seguridad de que no simplemente está ocupado sino trabajando -rindiendo- hay que reconocer que es precisa la organización, que hace posible la adopción de mejores métodos de trabajo y mejor aplicación de las aptitudes de cada uno.

¿Cuánto pudieramos ahorrar simplemente evitando las causas por las que se suspende la actividad normal? ¿Qué economía puede suponer en el seno de una colectividad la enfermedad que se previene y se combate a tiempo, el accidente que se evita?

En Italia las jornadas de trabajo perdidas el año 1955 simplemente por los accidentes que tuvieron sus 4 millones de operarios, representaban el trabajo anual de 78.000 productores. ¿Es posible?

Huelga que digamos que el trabajo de tantos productores significa la posibilidad de resolver una serie de problemas colectivos; por ejemplo por si solo tal vez represente el gasto de mantenimiento de todas las viviendas, o de todas las Escuelas...

Indudablemente en este momento en Mondragón los accidentes y enfermedades evitables suponen más que todos nuestros gastos de alquileres o amortización de casas y el sostenimiento de las Escuelas.